

# S E R M O N

## PREDICADO EN LA SOLEMNIDAD de la bendicion de las Vanderas del Regimiento de Catinat.

*Posuerunt signa sua, & non cognoverunt sicut in exitu  
super summum.*

Pusieron sus Vanderas en el Templo, como presagio de su victoria, y no conocieron cuál era el fin de esta piadosa solemnidad. *Psalm. 73. 45.*

**N**O os parezca, Señores, que vengo al Santuario de la paz á pronunciar un discurso Evangélico, con motivo de una ceremonia santa, para despertar en vosotros ideas de fuego y sangre, y para animaros á conseguir nuevas victorias, acordandoos las muchas que en otro tiempo habeis alcanzado: aquella palabra, cuyo Ministro soy, es palabra de reconciliacion y de vida, destinada á reunir los Griegos y los Bárbaros, á hacer que habiten juntos, segun la expresion del Profeta, los Leones, las Aguilas, y los Corderos; á juntar baxo una misma cabeza todas las lenguas, todas las Tribus, y todas las Naciones; á calmar las pasiones de los Príncipes, y de los pueblos; á confundir sus intereses, destruir sus envidias, poner límites á su ambicion, é inspirar unos mismos deseos á todos aquellos que tienen una misma esperanza; y si alguna vez aconseja guerras y batallas, son unas guerras que todas se terminan dentro del corazon, y unas batallas de la gracia.

Además de que me acuerdo de que estoy hablando  
en

en presencia del mismo Altar del Cordero que vino á pacificar el cielo y la tierra; en un Templo consagrado al Capitan de una Legion santa, que supo preferir el culto de Jesu-Christo al de las Estatuas de los Emperadores, y abandonar generosamente las Aguilas del Imperio por seguir el Estandarte de la Cruz; y finalmente, que estoy hablando á un Regimiento ilustre, que no conoce los peligros sino para desafiarlos; aun mucho mas distinguido por sus gloriosas acciones, que por el nombre del famoso General de cuyo título se precia, y por el mérito del que hoy es su Comandante; y que mas espera de mí lecciones de piedad, que de valor; y consejos para pelear santamente, que exortaciones para pelear con aliento.

Tened pues á bien, Señores, que dexando á parte el cuerpo, por decirlo asi, y las exterioridades de esta ceremonia, os manifieste su espíritu; que sin meterme á examinar su antigüedad y grandeza, solamente me detenga en la utilidad que en ella se halla; y que en vez de hablar de la gloria de las armas, y del aprecio que siempre han hecho de ella los pueblos, os hable de los peligros de este estado, y de los medios para conseguir en él una gloria inmortal y sólida.

¿Por qué os parece que aun las naciones mas bárbaras, todas tienen una especie de religion militar, y que su culto se hallaba siempre mezclado con las armas? ¿Por qué os parece que los Romanos se manifestaban tan zelosos de poner sus Aguilas y sus Dioses á la frente de sus Legiones, y que los demás pueblos escogian lo mas sagrado de sus supersticiones, y pintaban sus gorgíficos y figuras en sus Estandartes? Esto era sin duda para impedir que el tumulto y la agitacion de las guerras no fuese motivo de que se olvidasen los hombres de lo que deben á los Dioses que presiden en ellas, y para que teniendolos continuamente á la vista, se hallasen como en una feliz imposibilidad de olvidarse de ellos. ¿Por qué os parece que los Israelitas en sus marchas



y combates llevaban siempre delante la Serpiente de metal? Por qué Constantino, despues que fue hecho conquista de la Cruz, hizo levantar esta señal de todas las naciones en medio de sus Exércitos? Por qué nuestros Reyes en sus expediciones contra los Infieles iban á recibir el Sagrado Estandarte al pie de los Altares? Y finalmente, por qué os parece que aun el dia de hoy consagra la Iglesia con oraciones de paz y caridad estas fatales señales de la disension y de la guerra? Esto es sin duda para que tengais presente, que aun la misma guerra es una especie de culto religioso; que el Dios de los Exércitos es el que preside á las victorias y batallas; que los Conquistadores las mas veces no son entre sus manos mas que instrumentos de ira, de que se vale para castigar los pecados de los pueblos; que no hay mas verdadero valor que el que nace de la religion y de la piedad; y finalmente, que las guerras y revoluciones de los estados son un puro juguete á la vista de Dios, y una mutacion de scena en el Universo; que solamente Dios es immutable, y él solo puede fixar las inquietudes é insaciabiles deseos del corazon humano.

Es verdad, Señores, que la virtud que tan penosa es aun en los Claustros, en donde todo la está inspirando; y tan rara en el siglo, en donde la mantienen las comunes obligaciones de la religion, halla en las distracciones y libertad de las armas unos obstáculos, y unos escollos, contra los que todos los dias estamos viendo tropezar las mas bellas esperanzas de la educacion, los mas felices presagios de un buen natural, y las mas afectuosas precauciones de la gracia.

En esta profesion se vé algunas veces al pueblo de Dios, aun baxo la conducta de un Josue, y un General prudente y religioso, entregarse á los excesos y delitos de las naciones: en ella vemos á algunos Christianos, que ponen siempre su gloria en su confusion, y que hacen alarde de su ignominia: en ella la impiedad se mira como gracejo, la fé como cobardía, la religion como sueño, las

las verdades de eterna salud como ocupacion de almas ociosas, el miedo á la eternidad como un terror vano, y muchas veces la santidad de nuestros Misterios suele servir de asunto á sus impías burlas: en ella solamente se nombra al Dios á quien adoramos para insultarle, la culpa se mira como valor, la sensualidad como mérito, y el furor como una prenda estimable: en ella, aquellos á quienes la política, la clase, ó el interés (por vivir baxo el gobierno de un Príncipe, que ningun caso hace del valor quando no está acompañado de la virtud) apartan de estos excesos, reducen toda la regularidad de su conducta á la ambicion, á la gloria mundana, y á la venganza; y solamente parece que se abstienen de las demás pasiones por entregarse á estas con mas viveza: en ella los mas prudentes son los que solamente piensan en su fortuna y en su adelantamiento, y sacrifican á su gloria sus bienes, su sosiego, y aun su conciencia: que siendo insensibles á la felicidad de los Santos, y á los bienes sólidos de la eternidad, solo piensan en agarrar una fantasma que se les huye antes que la hayan cogido, y en proporcionarse unos puestos fundados sobre arena, y una ciudad que no es permanente: en una palabra, en ella Dios es tan desconocido como entre los pueblos infieles, y la mayor virtud no consiste en no tener pasiones, sino en que estas sean nobles y famosas.

¿Son estos, oh Dios mio! los hombres que se arman para defender vuestra causa, y la de vuestros Altares? Vos, Señor, que no quereis que el pecador cuente vuestras justicias, ni que sea protector de vuestra alianza, ¿podréis confiar á unos brazos sacrilegos el cuidado de restablecer vuestro culto, y la Magestad de vuestros Templos? Qué mas os importa, Señor, el ser deshonorado con las culpas de los fieles, que con la infidelidad de vuestros enemigos? ¿Qué importa que se dilate vuestro reyno si no habeis de reynar en los corazones? ¿Qué importa que se congreguen las dispersiones de Israel, si aquellas Tribus que quedan en Jerusalén exceden en las pro-



profanaciones aun á los mismos vasallos de Jeroboam?

Los que viven en el sosiego de las ciudades, y lexos de los peligros de la guerra, pueden tener alguna tranquilidad acerca de los desórdenes de su vida, con la esperanza de que en la edad mas abanzada enmendarán sus costumbres, y morirán christianamente: Porque á la verdad, Señores, el tiempo que la edad ó una enfermedad larga dexan para las reflexiones, el largo uso de los placeres, y el disgusto y los pesares que siempre los siguen, la experiencia del mundo y de sus vanidades, de las que un entendimiento claro se cansa, y tarde ó temprano llega á desengañarse, las perfidias y traiciones que se experimentan en el trato de los hombres, las que por sí solas bastan para disgustar á una alma noble, y hacerla abrazar el partido del retiro y de la virtud; todo esto favorece á las operaciones de la gracia en el corazon de los mundanos; les hace formar todos los dias mil proyectos de conversion, aunque remotos; los vá apartando poco á poco de sus flaquezas, y algunas veces los hace que cansados del mundo se entreguen á Jesu-Christo.

Bien sé que esta esperanza de los pecadores parece las mas veces; que el lisonjearse de una conversion remota es insultar á la gracia y á la justicia de un Dios vengador; que el retardar el negocio de la salvacion para los años de la vejez y enfermedad es lo mismo que abandonarle; que en el invierno no se coge sino lo que se ha sembrado en el verano; que nuestro Dios no es un Dios que sufra el ser burlado; que quando se vé despreciado él tambien desprecia; y que la virtud que llega tan tarde, no suele ser mas que una imposibilidad para el vicio, efecto de la edad, y no movimiento del corazon, y un respeto que se debe tanto al mundo como á Jesu-Christo. Con todo eso la Religion no nos permite desesperar; y algunas veces, ¡oh Dios mio! habeis llamado á algunos obreros á la hora undecima del dia, y curado paralíticos de treinta años, acaso para precaver  
con

con estos prodigios la desesperacion de los verdaderos penitentes, y aun acaso tambien para entretener la falsa confianza de los pecadores.

Pero vosotros, Señores, qué entre los peligros y furores de la guerra podeis decir todos los dias como David, que no os hallais mas que un solo grado distantes de la muerte; *uno tantum gradu, ego morsque dividimur.* (1) Vosotros que no podeis contar con la vida mas que como con un tesoro que está patente en medio de un camino real, que cada instante os estais viendo á las puertas de la eternidad, y que solamente estais unidos al mundo y á sus placeres con el mas débil de todos sus lazos; ¡ah! ¿Qué confianza podeis tener quando os abandonais á las ignominiosas pasiones? ¿Con que esperanza os podeis lisonjear? ¿La fundais acaso en aquellos instantes que concedeis á la religion quando estais para entrar en un combate, ó en la bendicion y oraciones del Ministro? pero decidme ahora que os hallais tranquilos; ¿quál es entonces el estado de vuestro corazon? ¿Os ha sucedido jamás en semejantes ocasiones, el repasar en la amargura de vuestro corazon todos los años de vuestra vida? ¿Habeis pensado jamás, en aquellas circunstancias, en ofrecer al Señor un corazon contrito y humillado, y en invocar sus misericordias para las miserias de vuestra alma? En aquel lance de nada mas os acordais que de la fama, de la obligacion, y del peligro; no hay tiempo menos apropósito que aquel para pensar en la conciencia; y aun suelen desecharse estos pensamientos como si se opusieran al valor; suelen aumentarse los placeres y los excesos para divertirse, y no pensar en el peligro, y casi siempre se pasa desde la culpa y el desorden á la muerte: ¡Oh, Dios mio! qué desatino este tan terrible, y no obstante tan comun en las personas á quienes hablo. Bien lo sabeis, Católicos, y muchas veces habeis visto desaparecer en el furor de

(1) 1. Reg. 20. 3.



las batallas á los compañeros de vuestros excesos: habeis visto que casi no ha habido mas que un instante de intervalo entre una impiedad, y el ultimo suspiro; y que un funesto golpe los daba la muerte á vuestro lado, acaso al mismo tiempo que estaban formando con vosotros proyectos de delitos.

¿Pues por qué no os ha de asustar su desgracia? ¿Por qué no os ha de servir de escarmiento su triste suerte? ¿El ser tan frecuentes estos exemplares ha de ser motivo de que no os atemoriceis de ellos? Pero esto sería crecer vuestra seguridad á proporcion que se aumenta el peligro. ¿Por qué no os ha de mover la bondad y longanimidad de vuestro Dios, que os ha librado de tantos peligros, y os ha conservado hasta el presente para proporcionaros el tiempo de que os convirtais á él? ¿Por qué habeis de mudar sus misericordiosos designios, en designios de ira, y habeis de emplear los dias que ha dilatado para vuestra salvacion en prolongar la carrera de vuestras iniquidades?

¡Ah! si en aquella ocasion en que solamente debisteis vuestra libertad á un prodigio, y de la que nunca pensasteis salir con vida, os hubiera herido la espada de la muerte, qual hubiera sido, Católicos, vuestro destino? ¿Qué alma hubierais presentado en el Tribunal de Jesu-Christo? ¿Qué monstruo de impurezas, de blasfemias, y de venganzas? ¿No os asustais al contemplaros entonces amenazados de los rayos de un Dios vengador, temblando en su presencia, y viendo los abismos abiertos á vuestros pies? Su mano poderosa os libró, y os cubrió con su escudo; su mismo Angel apartó los golpes que habiendo de decidir de vuestra vida, decidirian tambien de vuestra eternidad. ¿Y en qué habeis empleado despues esta vida? ¿Qué muestras de agradecimiento habeis dado á vuestro libertador? ¿Qué respetos le habeis tributado con un cuerpo que por tantos títulos es suyo? ¡Ah! le habeis hecho servir á la iniquidad, y habeis convertido un miembro de Jesu-Christo

en

en instrumento de infamia y de ignominia: os habeis sabido aprovechar del peligro á que estuvisteis expuestos para adelantar vuestra fortuna, pero no os habeis aprovechado de él para vuestra salvacion: le habeis alegado á vuestro favor para con el Príncipe, pero no os habeis acordado de él para con Dios: habeis adelantado algunos grados en el servicio militar, pero nada habeis aprovechado en la milicia de Jesu-Christo. Temed pues, Católicos, el que volvais á veros en aquel fatal momento: temed que el Señor os entregue á vuestro propio destino, que os trate como al impío Achab, y que algun invisible golpe de su mano ponga fin á vuestras iniquidades, y de principio á sus venganzas.

¿Qué digna es, Señores, de lástima vuestra suerte? Es verdad que la carrera de las armas, á la que os destinan los empeños de vuestro nacimiento, y el servicio del Príncipe, es muy brillante á la vista de los sentidos: este es el único camino para llegar á conseguir fama, y la ocupacion mas digna de un hombre de alto nacimiento; pero atendiendo á la salvacion es el mas terrible de todos los caminos: estos son sus peligros: ahora os manifestaré los medios para libraros de ellos.

El brazo de Dios no está abreviado: en ningun estado es imposible la salvacion. El torrente solamente arrebata á los que quieren dexarse llevar de él: el Señor en todas partes tiene escogidos, y los mismos peligros que sirven de escollo á los réprobos, son ocasion de merito para los justos.

Y para que conozcáis mas claramente esta verdad: decidme; ¿qué peligros habrá en vuestro estado de que no pueda libertaros la gracia? ¿Qué males puede haber en él, que no tengan al mismo tiempo su remedio?

Bien sé que la ambicion es casi inevitable en un soldado; que el Evangelio que mira esta pasion como vicio, casi no puede prevalecer contra la costumbre, que parece le ha elevado á virtud; y que en la carrera militar el que no tiene aquellos nobles pensamientos,

Tomo X.

Ee

que



que nos hacen aspirar á los grandes puestos, tampoco tiene el valor que hace emprender grandes acciones: pero además de que el deseo de ver recompensados vuestros servicios, siendo moderado, no dominando absolutamente el corazon, no induciendoo á buscar medios iníquos para conseguir vuestros fines, y para establecer vuestra fortuna sobre las ruinas de la de vuestros próximos, además de que, vuelvo á decir, estando este deseo arreglado con estas precauciones, nada tiene en sí que se oponga á la moral christiana, ¿qué atractivo podeis hallar en las esperanzas humanas que os presenta, que sea mas digno de aprecio que la esperanza de los Christianos, y las promesas de la fé? ¿Acaso los puestos, los honores, las distinciones, y la fama que tendreis en el mundo? Pero para llegar á conseguir esto, ¿por entre cuántos concurrentes hay que atravesar? ¿Cuántas circunstancias hay que convinar, las que casi nunca se hallan juntas? Además de esto ¿os parece que el merito decide siempre de la fortuna? Bien sé que el Príncipe se halla instruido de vuestros servicios, pero puede acaso verlo todo con sus ojos? ¿Cuántas virtudes están ocultas y abandonadas? ¿Cuántos servicios olvidados ó disimulados? Y por otra parte, ¿cuántos, á quienes la fortuna favorece salen de repente de la nada para ocupar los primeros puestos? ¿Qué motivo este de desazones y disgustos? Continuamente estais viendo que os son preferidos muchos, á quienes haveis visto nacer en el servicio, y que ni aun lo suficiente suelen saber para obedecer; quando al mismo tiempo vosotros, en una edad ya abanzada, no habeis sacado mas utilidad de un largo servicio que consumir vuestro cuerpo con las fatigas, haber abandonado vuestros negocios domesticos, y haber servido siempre á vuestras propias expensas: ¡Ah! ¿Qué otra cosa se oye entre vosotros mas que reflexiones acerca del abuso de las pretensiones y de las esperanzas? Vosotros mismos que me estais oyendo, decidme, ¿qual es vuestro estado en

este particular? Y con todo eso, sacrificais la eternidad por unos entes quiméricos; siempre os estais li-songeando con que sereis del número de los felices, y no reparais en que la providencia parece que dexa á el acaso y al capricho de los hombres el repartimiento de los puestos y de los empleos, solamente para que miremos con ojos christianos los títulos y los honores, y para que ordenemos al Rey del cielo, á cuya vista nada se oculta, y que atiende aun á los mas cortos servicios, los que hacemos por los Reyes de la tierra, los quales muchas veces, ó no pueden verlos, ó no saben recompensarlos.

Pero aun quando correspondiera vuestra felicidad á vuestros deseos; aun quando esas alhagueñas esperanzas, y esos sueños en que descansa vuestro espíritu llegáran algun día á ser realidades; aun quando por una de aquellas casualidades que suelen tener siempre tanto influxo en la fortuna de las armas, os vierais elevados á unos puestos á los que no os atreveis ahora á aspirar, y que nada os quedase que desear por parte de las pretensiones humanas; ¿qué son las felicidades de la tierra, atendida su fragilidad y corta duracion? ¿Qué nos ha quedado de aquellos nombres famosos que tan gran papel hicieron en otro tiempo en el Universo? No se dexaron ver mas que por un instante, é inmediatamente desaparecieron de la vista de los hombres: sabemos lo que fueron aquel corto tiempo que duró su fortuna, ¿pero quién sabe lo que son en la region eterna de los muertos? Las quimeras de la fama inmortal de nada pueden servirlos en aquella region: el Dios de las venganzas, que desde lo alto de su Tribunal pesa sus acciones, y discierne su merito, no juzga por lo que nosotros decimos ó pensamos de ellos acá en la tierra; y acaso aquellas grandes acciones, que tanto honor dán á su memoria, y que enriquecen nuestros anales, son los principales motivos de su condenacion, y los mas infames borrones de su alma en la presencia de Dios.



¿Qué son, Señores, los hombres en la tierra? Son unos personajes de teatro: aquí todo es falsedad, todo es una pura representacion, y aun lo que nos parece mas seguro y mas firmemente establecido, no es mas que una escena: esto mismo estamos oyendo todos los dias en el mundo: una fatal rebolucion, y una rapidéz incapáz de ser detenida, lo arrastra todo á los abismos de la eternidad: los siglos, las generaciones, los Imperios, todo se sepulta en este abismo: en él entra todo, y nada sale: nuestros mayores nos allanaron el camino, y nosotros le dexamos tambien patente á nuestros sucesores: de este modo se renuevan las edades, y se muda continuamente la figura de este mundo; los muertos y los vivos se suceden sin cesar; nada permanece; todo se consume y se aniquila: solamente Dios es siempre el mismo, y sus años nunca se acaban: el torrente de edades y de siglos pasa por delante de sus ojos: mira con un semblante ayrado y vengativo á los flacos mortales, que al mismo tiempo que pasan arrebatados de la fatal corriente, le insultan, y se aprovechan de este único instante para deshonorar su nombre, y caen inmediatamente en manos de su ira y de su justicia.

A vista de esto, ¿podremos formar proyectos de fortuna y de elevacion? ¿Mantendremos en nuestros corazones mil lisonjeras esperanzas? ¿Tomaremos á tanta costa infinitas medidas para proporcionarnos un instante de felicidad, sin dar jamás un paso para conseguir la que nunca tendrá fin? Esto es una especie de furor, de que no tendríamos por capáz al hombre, si no nos lo enseñára la experiencia.

Además de que, cómo puede hallarse sosiego en este corto instante de felicidad? Este se halla turbado con las sospechas, las envidias, y los temores: con las inquietudes inevitables en los grandes empleos; con la inconstante suerte de las armas; con el favor de los concurrentes; con la fatiga de los artificios y ardidés; con los

los antojos de aquellos de quienes dependemos; con tantos reveses como hay que sufrir, y con la misma nada de las felicidades temporales, que vistas de lejos excitan los deseos del corazon, pero tocadas de cerca no pueden fixarle ni satisfacerle: ¿Hay felicidad á quien no turben todas estas cosas? ¿Os parece que aquellos, á quienes vosotros mirais como felices en el mundo, se tienen ellos por tales? ¡Oh, Señor, á quien solamente pertenece la gloria y la grandeza! Tiempo llegará de que conozca el hombre que no puede hallar la felicidad durable y tranquila fuera de vos; que lo que aquí divierte al corazon, no puede satisfacerle; que la fama y los placeres solamente mueven en el instante que los precede; que las inquietudes y disgustos que á ellos se siguen son unas secretas voces, que nos llaman á vos; y que aun quando pudieramos prometernos una fortuna tranquila, esto no sería mas que como un vapor, que solo dura un instante, al que vemos nacer, engruesarse, subir, estenderse y desvanecerse en un momento.

Y lo mas digno de lástima respecto de vosotros, Católicos, es que en un exercicio tan áspero y trabajoso, en unos empleos cuyas obligaciones exceden algunas veces al rigor y á los trabajos de los claustros mas ásperos, siempre padeceis en vano para la otra vida, y aun muchas veces para esta. ¡Ah! á lo menos el Solitario en su retiro, obligado á mortificar su carne, y á sujetarla al espíritu, se mantiene con las esperanzas de una recompensa segura, y con los interiores consuelos de la gracia que le aligera el yugo del Señor; pero vosotros, Católicos, os atreveréis á presentar á Jesu-Christo en la hora de la muerte vuestras fatigas, y los continuos pesares de vuestro exercicio? ¿Os atreveréis á pedirle que premie vuestros servicios? ¿Qué parte ha tenido el Señor en todas las violencias que os habeis hecho, no obstante haber sacrificado á vuestra profesion los mas felices dias de vuestra vida? Diez años de servicio han consumido mas vuestros cuerpos, que si los hubierais de-



dedicado á la penitencia : ¡ah , Católicos! un solo día de estos trabajos consagrado al Señor , acaso os hubiera valido una eterna felicidad ; una sola accion , penosa á la naturaleza , y ofrecida á Jesu-Christo , acaso os hubiera asegurado la herencia de los Santos , ¿ pues por qué habeis de trabajar tan inútilmente por el mundo ?

El regalo y la ociosidad condenan á los que habitan en las ciudades ; pero á vosotros , Señores , os condenará el mal uso que habeis hecho de vuestros trabajos y fatigas : sacrificais vuestro descanso , vuestros placeres , y aun vuestras mismas necesidades quando se interesa la obligacion del servicio ; pues esto es lo mas difícil , y lo que queda que hacer por la salvacion casi nada cuesta ; sufrid estos trabajos con una fé christiana : ofrecedlos al Dios justo como precio de vuestras iniquidades ; y supuesto que es necesario padecer , no padezcáis sin mérito : si el Príncipe no os atiende , Dios no dexará de atenderos ; este es un remedio que os aseguraís para vuestra mala fortuna : de este modo no se perderán vuestros servicios ; y los frutos de la guerra serán para vosotros frutos de paz y de eternidad. Vuelvo á repetir , que padeceís por la gloria del mundo todo quanto es necesario padecer para conseguir la salud eterna , y con todo eso no sabeis adquirir la estimacion del Padre Celestial.

De este modo , Señor , se justifica vuestra ley aun para con los hombres , y se dexa ver la justicia de vuestros juicios para con ellos. En el terrible día de vuestras venganzas os valdreis de la vida áspera y penosa del soldado para confundir la cobardía del mundano y sus vanas excusas acerca de la dificultad de vuestros preceptos ; y por otra parte la aficion del mundano á los placeres condenará el mal uso que el soldado ha hecho de sus trabajos. De este modo , Señores , aun la misma ambicion puede convertirse en medio para conseguir la gracia.

¿ Acaso me direis que cómo se puede componer la  
re-

reputacion de valor , tan esencial en vuestro estado , con la mansedumbre y humildad christiana ? Pero en qué os parece , Señores , que consiste el valor ? Os parece acaso que consiste en tener un génio altivo , un corazon inquieto , un ardor que no puede apagarse sino con sangre , una ansia mal gobernada por la fama , unas ridículas demonstraciones de soberbia , y una baxeza de ánimo que gusta de exponerse á los peligros solamente por tener despues la gloria de haber salido de ellos ? ¿ Qué siglo ha estado tan corregido como el nuestro en este particular ? En qué fundan los hombres prudentes el verdadero valor ? ¿ No le fundan en la prudencia , en la circunspeccion , y en la madurez ? ¿ Qué ha sido el distintivo de los grandes hombres que habeis visto en este siglo á la frente de nuestros Exércitos , y cuyos nombres os son todavia tan amados ? Los Turenas , los Condés , los Crequis , ¿ por qué camino llegaron á aquel alto punto de gloria y fama , cuyos límites ya nadie puede pasar ? El sábio y el valeroso General , á quien debe su seguridad esta provincia , y todo el reyno la paz y la abundancia , de quien vosotros recibis inmediatamente las órdenes como de vuestro propio Gefe , y baxo cuyo nombre y estandartes teneis el honor de militar , ¿ ha llegado acaso á la cumbre del honor en que le ha colocado la eleccion del Príncipe , y la felicidad del Estado , por medio de un valor indiscreto ? La prudencia , que en él es tan natural , ¿ ha menoscabado algo de su mérito y de su fortuna ?

Nosotros , Señores , formamos muy falsas ideas de las cosas : el valor quando no se halla bien colocado no es virtud ; aquel ardor noble , que en los combates es generosidad y grandeza de alma , fuera de ellos no es mas que barbaridad , niñeria , ó falta de talento ; pero acaso me direis , ¿ que qué idea me parece se forma entre la gente de guerra de un hombre que en algun modo vive entregado á la devocion ? Ah , Señor ! es posible  
que



que se ha de mirar como grande honor el servir á los Reyes de la tierra, y se ha de tener por baxeza y cobardía el ser fiel á vos? Antiguamente, ¿qué soldados habia en los Exércitos de los Emperadores Paganos mas intrépidos que los christianos? Con todo eso, Señores, aquellos hombres, no obstante la libertad de la milicia, tenian sus horas señaladas para la oracion, pasaban algunas veces las noches enteras en alabar todos juntos al Señor, y al salir de una batalla sabian ir corriendo con valor al cadahalso, y derramar en él su sangre en defensa de la fé.

Creedme, Señores; la religion lexos de acobardar el ánimo le tranquiliza; el que vive sosegado acerca de lo que le espera despues de la muerte, no la teme tanto: una conciencia libre de culpas mira los peligros á sangre fria, y los desafia con valor quando la obligacion la pone en ellos: nada hay que iguale al valor santo de un corazon que pelea á vista de Dios, y que al mismo tiempo que defiende la causa de su Príncipe, honra al Señor, y respeta su poder en el de su Soberano.

La virtud por sí misma es grandeza de ánimo: no hay cosa mas heroyca, ni mas digna del corazon que el imperio que un hombre justo tiene sobre todas sus pasiones: ¿qué cosa mayor que verle tener su alma entre sus manos, por decirlo así, arreglar sus acciones, moderar sus movimientos, no permitirse cosa alguna que sea indigna del corazon, dominar sus sentidos, sujetarlos al yugo de la ley, detener la corriente de un natural que siempre camina ácia el mal con rapidéz, ahogar mil deseos que lisonjean, y mil esperanzas que divierten, estar siempre resistiendo á los engaños del trato de los hombres, y á la fuerza del mal exemplo; y siendo siempre dueño de sí mismo, no permitir á su corazon ruindad alguna que pueda ser afrentosa á un heredero del cielo! ¡Ah! para esto es necesario haber nacido con un corazon magnánimo: la gracia tiene tambien

sus Heroes, que en nada ceden á los que admiraron los pasados siglos; y es indubitable que el que está acostumbrado á vencer á sus enemigos domésticos, y enseñado á despreciar los alagos de los sentidos, no temerá á los enemigos del Estado, y le costará menos trabajo el exponer valerosamente su propia vida.

Además de que, Señores, ¿qué siglo ha habido mas desengañado que el presente, acerca del error que hacia consistir el valor en despreciar á Dios y á la religion? Este error, el día de hoy, no tiene séquito sino entre un corto número de infelices: hoy las obligaciones del Christianismo son parte de la buena crianza que dá el mundo; y la costumbre ha introducido que á lo menos exteriormente sea honrada la religion.

Finalmente, los Moysees, los Josues, los Davides, los Ezequías fueron grandes soldados, y al mismo tiempo grandes Santos: fueron heroes del siglo y de la religion; los siglos christianos han tenido sus Constantinos y sus Teodosios, terribles á la frente de sus exércitos, y humildes y religiosos al pie de los Altares. Nosotros vivimos baxo el gobierno de un Príncipe, que no teniendo que desear por parte de la fama, está persuadido á que la virtud la debe servir de último sello; que vá todos los días á humillar baxo el yugo de Jesu-Christo una cabeza cargada con las señales de su grandeza y de sus victorias; y que al mismo tiempo que en todas partes resuena la fama de su nombre y de sus conquistas, se postra en la presencia del Señor, y llora en secreto la desgracia de los pueblos, y los funestos efectos de una guerra que tan gloriosa es para él á vista del Universo.

Derramad, ¡oh Dios de los Exércitos, el espíritu de fé y de piedad sobre estos guerreros, que baxo el mando de tan religioso Príncipe están armados en defensa de su causa: bendecid vos mismo estas sagradas Vanderas; poned en ellas señales de santidad, con las que en medio de las batallas conforten la fé de los que mueren,



y enciendan el valor de los que pelean : haced que sean señales seguras de la victoria : cubrid con vuestras alas á este ilustre Regimiento, que os las presenta en este Templo : apartad con vuestra mano los dardos del enemigo: servidlos de escudo en los sucesos tan varios de la guerra: cercadlos con vuestra fuerza : poned á su frente aquel Angel terrible de que os valisteis en otro tiempo para exterminar á los Asirios ; haced que siempre vayan precedidos de la victoria y la muerte : infundid en sus enemigos el terror y el espanto ; y haced que experimenten su valor las naciones enemigas de nuestra gloria.

Pero no hagais esto , Señor : antes bien pacificad los Imperios y los Reynos : apaciguad los espíritus de los Principes , y de los pueblos : compadeceos del lastimoso espectáculo que las guerras presentan á nuestra vista: oíd , Señor , los gritos y clamores de los pueblos ; compadezca vuestra clemencia de la desolacion de las ciudades y provincias : el peligro y la perdicion de tantas almas desarmen vuestro brazo , que há tanto tiempo que está levantado sobre nosotros ; y finalmente , moveos á piedad viendo las profanaciones que siempre traen consigo las armas para vuestra Iglesia : oíd los clamores de los justos , que compadecidos de las calamidades de Israel os dicen todos los dias con el Profeta , Señor , nosotros esperabamos la paz , y aun no ha llegado este bien ; nosotros creímos hallarnos ya en el tiempo de los consuelos , y aun siguen las turbaciones.

Tened á bien , Católicos , que para acabar os diga, que nuestros pecados son los que han atraído sobre nosotros estos castigos del cielo : las guerras , las enfermedades , y demás calamidades que nos afligen son señales evidentes de la divina indignacion contra nuestras culpas : en vano nos quejamos de las desgracias de los tiempos , y de la decadencia de las familias : ¡ah! lloremos por nosotros mismos ; aplaquemos al Señor , mudando de costumbres : restablezcamos la paz de Jesu-  
Chris-

Christo en nuestros corazones : soseguemonos nuestras pasiones , y nuestros enemigos domésticos , y presto veremos pacificada la Europa , aplacados los enemigos de la Francia , restablecida la paz en todas partes ; y que al sosiego de la tierra suceda el eterno descanso del cielo. Amen.

FIN DEL TOMO DECIMO.









EX  
.M  
ES  
18  
V  
C